



En el umbral de la Navidad, la Iglesia nos invita a detenernos en una figura que no pronuncia palabra alguna en el Evangelio y, sin embargo, lo dice todo: San José. El cuarto domingo de Adviento nos coloca ante su misterio: un hombre justo, sorprendido por Dios, que aprende a escuchar en el silencio y a obedecer en la noche.

1. El justo que escucha

El Evangelio nos lo presenta como justo. No se trata solo de rectitud moral, sino de una justicia que nace de la escucha. Los Padres de la Iglesia vieron en él al hombre interiormente atento a Dios. San Agustín afirma que la verdadera justicia consiste en *“preferir la voluntad de Dios a la propia”*. Eso es precisamente lo que José vive: renuncia a comprenderlo todo para fiarse de la Palabra recibida en sueños.

El Adviento culmina aquí: cuando ya no hay tiempo para planes, cuando la historia parece desbordarnos, Dios habla en lo hondo. José no discute, no exige pruebas; simplemente acoge.

2. El silencio fecundo

La liturgia de este domingo es sobria, casi contenida, como la figura del santo patriarca. San Bernardo de Claraval veía en su silencio no una ausencia, sino una plenitud: *“Calla José —decía—*

porque guarda el secreto de Dios”. Su sosiego interior es custodio del misterio, como así aconteció en el seno de María.



En un mundo ruidoso, este hombre de Dios nos enseña que la Navidad no se prepara con muchas palabras, sino con una disponibilidad interior que deja espacio al Todopoderoso para que pueda obrar.

3. Padre por obediencia y por amor

El ángel revela a José su misión: poner nombre al Niño. En la Escritura, dar nombre es asumir una responsabilidad. José no engendra al Hijo según la carne, pero lo hace según la obediencia. San Juan Crisóstomo subraya que José recibe un auténtico encargo paterno: introducir a Jesús en la historia, protegerlo, situarlo en la promesa.

La liturgia contempla en el esposo de María al custos Redemptoris, el guardián del Redentor. Su paternidad es discreta y real, hecha de gestos concretos: acoger, proteger, sostener, huir cuando es necesario.

4. José y la esperanza que llega

En este día del Señor, cuando la espera se vuelve inminente, José representa a la Iglesia que

vela. No ve todavía al Niño, pero ya vive para Él. Los prefacios de Adviento hablan de una espera vigilante y gozosa: José encarna esa vigilancia humilde que no se apropia del misterio, sino que lo sirve.

5. Para nuestro saboreo interior

José nos enseña que Dios no siempre irrumpe con luz deslumbrante; a veces llega como una palabra susurrada en la noche de la vida. Preparar la Navidad es aprender a obedecer sin comprender del todo, a amar sin poseer, a custodiar sin protagonismo.

En estos últimos días de Adviento, la liturgia dominical nos muestra el arte del silencio creyente y de la confianza total que, en el santo patriarca, se convierten en camino de paz: callar para escuchar, confiar para vivir. El cristiano que cultiva este arte no se inquieta por el mañana, porque sabe que el Dios que lo sostiene hoy será el mismo que lo sostenga siempre. Si así lo hacemos, Cristo encontrará en nosotros un hogar preparado.

Oración final

 San José, varón justo y silencioso, enséñanos a escuchar a Dios en la noche de la fe.

Haz de nuestro corazón una casa abierta al misterio, y concédenos acoger a Cristo con obediencia humilde y amor fiel. Amén.





Salmo 23, 1-2. 3-4ab. 5-6

**Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,**

él la afianzó sobre los ríos.

¿Quién puede subir al monte del Señor?

¿Quién puede estar en el recinto sacro?

**El hombre de manos inocentes y puro corazón,
que no confía en los ídolos.**

**Ése recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.**

**Éste es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob.**

El Salmo 24 comienza con una afirmación solemne: «*Del Señor es la tierra y cuanto la llena, el orbe y todos sus habitantes*». En su contexto histórico, era un himno de entrada al templo de Jerusalén, proclamando que todo pertenece a Dios y que sólo los de manos inocentes y corazón puro podían subir a su monte santo a fin de estar en su presencia.

Hoy, a la luz del Adviento y de la Navidad, este salmo se ilumina con un sentido nuevo: el Señor de la tierra y del cielo ha querido entrar en nuestra historia. El Rey de la gloria no se queda en su templo, sino que se hace carne y habita entre nosotros (Jn 1,14).

El Rey de la gloria que entra

El salmo clama: «*¡Portones, alzáos los dinteles, que va a entrar el Rey de la gloria!*». La tradición cristiana ha visto aquí un anuncio de la Encarnación: las puertas del mundo se abren para acoger al Hijo de Dios. La Encarnación es la respuesta a la pregunta del salmo: «*¿Quién puede subir al monte del Señor?*». Nadie podía por sus propias fuerzas, pero Cristo, el Santo de Dios, ha descendido para elevarnos. San León Magno decía: «*La humildad de Dios es nuestra grandeza*».

Manos limpias y corazón puro

El salmo exige manos inocentes y corazón puro. En Cristo, Dios mismo nos da esa pureza: Él es el inocente que carga con nuestros pecados, el puro de corazón que nos abre el acceso al Padre. San Agustín comentaba: «*Cristo es quien sube al monte del Señor, y en Él subimos nosotros*».

La Encarnación no es sólo un acontecimiento histórico, es un misterio que nos transforma: Dios se hace hombre para que podamos vivir con manos limpias y corazón puro, capaces de acoger su presencia.

Resonancia litúrgica

La liturgia del Adviento retoma este salmo como canto de espera: el Rey de la gloria viene, y los portones de nuestra vida deben abrirse. Cada Eucaristía es cumplimiento de este salmo: Cristo, Rey de la gloria, entra en nuestro corazón bajo las especies humildes del pan y del vino. Dejemos entrar al Rey de la gloria, que viene humilde en la carne, para que nosotros podamos participar de su gloria eterna.



**EN LAS
FUENTES
DE AGUA
VIVA**

**CATEDRAL
DE OVIEDO**



21 de diciembre

IV DOMINGO DE ADVIENTO—A



**El Silencio que
espera**